

## Catalunya-México: viaje identitario de ida y vuelta a través de los indios\*

Antes que nada, agradezco la invitación de la Asociación Mex-Cat a participar en este coloquio, que me representa una excelente oportunidad para reflexionar sobre el camino transitado entre estos dos pueblos, en la búsqueda del conocimiento del mundo y de mí mismo, es decir, de eso que los estudiosos de la cultura y lo social definen como identidad, búsqueda entendida a través del estudio, la convivencia y las manos de los indígenas quienes, como “otros”, me enseñaron los reflejos del “uno”. Intentaré mostrar ciertas etapas o aspectos de este complejo proceso compartiendo algunas anécdotas, instantáneas o momentos tratados de forma festiva, gozosa y tal vez algo anárquica, con el fin de limar las posibles angustias, tensiones y dramatismos con que en su día fueron vividas, convencido del importante poder de la memoria y los recuerdos en la reconstrucción y significación de las realidades que experimentamos.

Posiblemente la primera vez que me interrogué inconscientemente sobre temas tan importantes como las relaciones y diferencias de clase, el racismo, las identidades, el nacionalismo y otros tan sesudos conceptos, fue en mi temprana infancia, transcurrida —hasta los diez y seis años— en mi pueblo natal, la entonces población minera y textil a cincuenta kilómetros de Barcelona llamada Berga; gracias a lo cual, por cierto, comprendí años después, cuando me trasladé a México, aquello que escribió el insigne Cervantes: “en un lugar de la Mancha” —de Catalunya en este caso— “de cuyo nombre no quiero acordarme” —al menos en muchas comprometidas ocasiones— “no ha mucho tiempo que vivía” —yo—. Hijo de padres que llegaron a fines de los cuarenta del siglo pasado a esta tierra de abundancia y trabajo, huyendo de la miseria de las sierras de Andalucía y de sus cosechas de hambre —“esparto, mocos y lagañas” eran las de Almería, según mi ingeniosa madre—. Algo sospechaba yo que sucedía cuando algunos me llamaban de vez en cuando, en un tono despectivo, “charnego”. Y más intrigado me quedaba cuando comprobaba

que, mientras la autora de mis días repartía pan y chocolate a la hora de la merienda indiscriminadamente a “charnegos” y catalanes —que, juntos y ajenos a esas diferencias discriminatorias, jugábamos en los campos de los “chalets”, en las afueras del pueblo, donde mi abuelo minero se había hecho una casita que parecía siempre estar en obras y que tenía un huerto en el que por primera vez conocí el maíz, grano básico de México—, cuando lo hacían las mamás de mis infantiles compañeros la merienda sólo era para los amigos catalanes. El resto nos quedábamos en la calle esperando a que ellos terminaran de comer, y ni se nos daba siquiera una rebanada de pan o un vaso de agua. Ahora comprendo lo que sucedía y, esbozando una sonrisa, no me cuesta pensar en la historia, en las vinculaciones entre pueblos y en las teorías antropológicas sobre las construcciones identitarias y situaciones marginales. Lo recuerdo sólo para señalar que ser catalán —como cualquier otro adjetivo político-territorial— no es algo homogéneo, y me interesan las particularidades concretas que ayudan más a entender la diversidad de vivencias e identificaciones que las a menudo manipuladoras generalidades de las que casi siempre recelo.

También es posible que el interés por los pueblos indígenas, que en buena medida ha sido el eje de la mitad de mi vida, naciera en los años infantiles. De ellos, recuerdo mi gusto por los arcos y las flechas entre los pocos juguetes que alguna vez recibía o me construía con ramas, palos o cuerdas y, más a menudo, contemplaba en los inalcanzables escaparates de las tiendas en épocas navideñas, así como lo enigmático que resultaba escuchar de mi madre la expresión “no hagas el indio” cuando yo realizaba alguna tontería o desmesura tratando de hacer reír a mi hermana o primos. Pero fueron los indios de látex o plástico de diversos colores, adornados de largos plumeros que salían en las cajas de detergente marca *Omo* o *Ese*, quienes más me hicieron compañía en los momentos de intimidad, que eran muchos, en los que imaginaba batallas y enfrentamientos con los “chaquetas azules” gringos —que iban a caballo y llevaban sombreros y revólveres—, a los que siempre vencían con su nobleza y astucia. Algo contrario sucedía en las historietas, cómics o caricaturas de “hazañas del oeste” que, junto con otros dedicadas a las “hazañas bélicas”, la intriga policíaca o el humor de Mortadelo, Filemón, Carpanta, Rompetechos, Zipi y Zape, entrañables personajes que acompañaban mis primeros e ilusionados pasos en la lectura gracias a la vecina viuda que me los prestaba a escondidas de mi mamá, quien

\* Conferencia pronunciada en septiembre de 2011 en el Coloquio “Catalunya en México” llevado a cabo en la Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística de Jalisco, en la ciudad de Guadalajara. Texto publicado en revista *L'Erol*, número 120, verano 2014, en Berga, Barcelona.

no quería que esa primera pasión impidiera concentrarme en los estudios en La Salle que tan caros costaba a mi padre nada creyente. En estas historias de papel, casi siempre los indios perdían todas las batallas, eran considerados malos, feos, salvajes y traidores, situaciones y calificaciones que no dejaban de hacerse sospechosamente falseadas.

Los cambios bruscos de la adolescencia y el paso a la “mayoría de edad”; el traslado de la rural Berga a la industrial Manresa; la entrada a trabajar como aprendiz electromecánico; las inquietudes y cambios políticos y la entrada a la universidad —pinceladas todas de un tiempo convulso y agitado— dejaron en el baúl de los recuerdos las historias, juegos y lecturas infantiles. Y he aquí que mi primer viaje a México tuvo lugar poco después del fallecimiento del dictador Franco; exactamente, en mayo de 1978, recién cumplidos mis veintidós años, cuando, desengañado de la política, de mi participación en el movimiento trotskista —siempre en contradicción con mi corazón anarquista—, encontré el libro *Las enseñanzas de Don Juan* del polémico antropólogo Carlos Castaneda. En mi salida, huida o escape del hogar paterno, en el exilio a la comunidad *hippie* de Christiania en Dinamarca, tomé la decisión de irme al otro lado del Atlántico en su búsqueda. Para conseguir el dinero del billete trabajé tres meses en Berga, cargando sacos de carbón que repartía entre los antiguos mineros de la ciudad que tenían derecho a seis costales por mes... De modo que si el tradicional y más estudiado exilio español y catalán se produjo debido al triunfo del franquismo y a las consecuencias directas de la derrota republicana en la Guerra Civil, el mío se inició con el final de la dictadura, cuando empiezan a gestarse las bases de la actual democracia española y a consolidarse, de alguna manera, las esperanzas de cambio que junto con tantas gargantas resumíamos en los gritos de *llibertat, amnistia i estatut de autonomia*, que coronaban las multitudinarias manifestaciones de las que, sin embargo, emergía con una sensación de dramática soledad interna.

No es esa la única de mis especies de paradojas o “circunstancias inversas” a lo que en otro tiempo vivieron los catalanes que optaron —entonces casi por la fuerza; ahora, yo, por voluntad propia— por México como destino crucial. Otro ejemplo fue el resultado de ese, mi primer viaje a “las indias” que, sorprendentemente, acabó a los tres meses, de los que regresé sin haber conocido ni a Don Juan, ni a Castaneda, ni a ningún indio, ni a ninguna de las plantas de poder o mágicas que de ellos llamaron mi atención durante la lectura de esos volúmenes iniciáticos, y mi vida de guerrero o aprendiz de chamán entre el carbón y los viajes a la casi abandonada mina de Fígols a pocos kilómetros de donde nació. Volví a Catalunya tras pasar dos de los tres meses en un *ashram* o templo hindú dedicado intensamente a la meditación, al canto, la danza y el estudio de los textos védicos antiguos, convertido en vegetariano y conociendo más de la India que de los indios, en una casi exacta inversión de lo que en su día, mucho más antes, hiciera Cristóbal Colón: él quiso ir a la India y se encontró a los indios;

yo quise hallar a los indios y me encontré con la India, lo que propició aún más mi visión mágica del continente americano, atrayéndome irresistiblemente.

Tras unos años cumpliendo mi servicio civil en la recién inaugurada Escuela de Adultos de Manresa, comprometido con la causa de la objeción de conciencia en contra de la obligatoriedad del servicio militar; tras otros meses de trabajo para conseguirme un boleto de avión —esta vez laborando en la flemática Londres, limpiando una tienda de ropa de moda y la planta subterránea de un hospital, y viviendo en el templo de los *hare krsna* para también desengañarme—, regresé de nuevo a México en 1982 con otra visión y objetivos: el estudio de la antropología y, a través de esa disciplina, el de los pueblos indígenas que forman parte de tan extenso y pluricultural país. Igualmente, en esta empresa me sucedieron hechos que van a contracorriente de lo vivido por otros exiliados y que muestran las múltiples aristas de un fenómeno que los tiempos han ido enriqueciendo con nuevas experiencias. No recibí, como pensaba, el apoyo o solidaridad de mis compatriotas que tiempo atrás se habían ido a México y ahí se habían instalado. En las pocas semanas que colaboré en la ordenación de la biblioteca del Orfeo Catalá, en la frenética y casi insoportable Ciudad de México de mis primeros tiempos, sentí en él una institución encerrada en sí misma, chauvinista, algo elitista, poco relacionada con la cultura mexicana y en la que no me encontraba cómodo, sino más bien como un bicho raro. Tampoco me fue mejor en mis búsquedas de trabajo entre muebleros, panaderos, abarroteros y otros empresarios españoles afincados con algún negocio en la gran urbe. Cuando no tenía que soportar la narración épica de sus hazañas en las cacerías de venado, escuchaba estremecido sus opiniones despectivas sobre mi interés por los indios y la antropología —de la que ni idea tenían— que dejaban traslucir un profundo racismo y desprecio por las poblaciones nativas. De modo que dejé de buscar entre ellos y me fui integrando en la comunidad mexicana, encontrando, con no pocos esfuerzos, fugaces empleos que me permitieron en poco tiempo sentirme como mexicano, y rechazando bastante lo que tuviera que ver con España y Europa, a quienes los estudios etnológicos e históricos —junto con las vivencias en el país— me hicieron ver como auténticos sistemas depredadores y colonizadores soberbios, ladrones y presumidos.

Así fue —a través del estudio de la etnología; de la integración en el mundo mexicano; del amplio y diverso trabajo de campo realizado entre las comunidades indígenas de México, principalmente del norte y particularmente entre los huicholes o *wirraritari*; en contraste con las temporadas vacacionales en Catalunya, e incluso por medio de los estudios máster en Antropología de la medicina cursado en la *Universitat Rovira i Virgili* a fines de los noventa— como se fue construyendo mi identidad particular, que bebe de dos fuentes y se conforma de manera híbrida; identidad que, si en tiempos fue problemática y contradictoria, vivida como oposiciones desgarradoras en



Porras, E. (2014). Llamado del Corazón de la Tierra. Mas Gras, Barcelona.

sus momentos más críticos, ahora es asumida como un enriquecimiento producto de esta relación México-Cataluña del conocimiento, las emociones y los valores que de uno y otro lado comparto, tratando de trabajar por ambos en un camino de aprendizaje y conocimiento del ser humano a través de mi historia personal.

Y es curioso, sorprendente, inevitable y mágico que, en los últimos años, mi objeto de estudio —en el que me mezclo como sujeto también— ya no sean los indios de México quienes, en aquel tiempo, desde mi infancia, seguramente me llamaron silenciosamente para ese viaje que ha sido la mitad de mi vida, sino los “indios de Cataluña”, como resultado de una enorme tarea en la que de alguna forma he integrado los fragmentos de identidad que he ido fabricando, inventando y descubriendo a lo largo de este caminar allende el mar que se acerca a los treinta años: ocasión, pues, de la reflexión y las mínimas conclusiones. Ahora la mirada se vuelve al lugar de donde partí para descubrir en el paisaje cultural y social, en el vecino, huellas de lo que he ido buscando y hallando. Ahora, acá mismo, cerca de la casa que dejé un día para descubrir que nunca la había dejado del todo, encuentro muchas personas en la búsqueda de aquello que en su día yo me lancé a buscar, motivados por semejantes inquietudes: catalanes que practi-

can, siguen, creen, examinan y comparten rituales amerindios de grupos y personas con los que yo aprendí a ser en México. Por otro lado, me encuentro aquí mismo con los indios que tuve que ir a buscar, con sus ceremonias, sus plantas, sus enseñanzas a numerosos interesados en obtener un sentido más amplio de la existencia que el que ofrece una sociedad como la que, en su tiempo, a mí no me ofrecía las respuestas necesarias para seguir viviendo. De ahí ahora mi interés por la transnacionalización de esos rituales y por la unión de catalanes que siguen a los indios mexicanos e indios mexicanos que se acercan a Cataluña para compartir sus visiones y creencias, generando un enriquecido conjunto híbrido de encuentros y celebraciones que sólo los totalitarios o puristas, inquisidores de siempre, tachan y rechazan como mezclas confusas y vanas.

En resumen, una muestra de cómo los caminos de la identidad son parecidos a los viajes de ida y vuelta, vaivenes que, tras el balance y el vértigo de ascensos y descensos, pueden permitir el acceso a identidades más amplias, más comprensivas, que más engloban, más conscientes y menos enfrentadas, cerrando de esa forma círculos e interrogantes; abriendo, por tanto, nuevas posibilidades de relación, entendimiento y compartires entre las culturas y los pueblos, en este caso de México y Cataluña, de lo que estoy humildemente orgulloso y agradecido.